

UNA VISITA Á ZOLA

Rue de Bruxelles, 21, bis.—Una gran casa, con el doble portal siempre cerrado. Al través de los espejos sin azogue de las ventanas del piso superior brilla el bronce de las lámparas, y entre los tapices antiguos se destacan como manchas de nieve brazos de mármol, cabezas de estatuas; los amigos mudos y eternamente bellos que acompañan al artista en su soledad.

El timbre estremece un augusto silencio de casa señorial, y al abrirse la puerta recibe el visitante una bocanada de esa atmósfera de los museos, hálito del amontonamiento de cosas antiguas que parece la respiración de la Historia.

Las jardineras del portal son sarcófagos romanos con teorías de amorcillos y plañideras, en cuya cavidad marmórea, de un suave color de ámbar, crecen las plantas sombrías; las paredes desaparecen cubiertas por telas vistosas, relieves de altares, frontones escultóricos de la Via Apia y cuadros modernos de pintores revolucionarios

que sostuvieron al lado del maestro la tenaz batalla contra las tradiciones artísticas. En un gran lienzo, frente á la escalera, la Verdad surge del pozo con su espléndida desnudez y se retuerce entre los brazos de un esbirro enmascarado que pretende hacerla suya. Es el símbolo de la vida del gran artista.

Soriano y yo subimos guiados por un criado hasta el famoso estudio del maestro, pieza medioeval con gigantesca vidriera gótica, tantas veces reproducida por la fotografía y el grabado. Antes de haberla visto, los admiradores de Zola estamos ya familiarizados con ella como si fuese la habitación donde vinimos á la vida. Detrás de los cortinajes de impenetrable espesor, se adivina el dormitorio con su famoso lecho como un monumento rodeado de verja, y las demás piezas, de un lujo artístico y antiguo, amontonado por el novelista á punta de pluma, con el frío y rabioso deseo de vengarse de los años de miseria sufridos en el Barrio Latino.

Un paquete de negras lanas pasó arrastrando por debajo de los tapices, y saltó en el estudio un gozquecillo de ojos de diamante, delatando con su ladrido alegre y su gordura satisfecha el bienestar de las bestias que acompañan á un matrimonio sin hijos. Cuando más ocupados estábamos en defender nuestros pantalones de sus saltonas patas, una mano cuadrada, fuerte, de piel rugosa, levantó el cortinaje; avanzó después una manga de lana azul, y en el oscuro cuadro de la puerta brillaron unos lentes. Estábamos en presencia del maestro.

Cada hombre siente su idolatría. Yo he visto soberanos y aspirantes á reyes, por los que se exterminaron miles de hombres en los campos de batalla, y su presencia sólo ha despertado en mí un compasivo desprecio para los que se entusiasman con los prestigios del nacimiento. Un día por casualidad, sorprendí en los jardines del Vaticano á León XIII en plena vida vulgar, examinando el trabajo de sus hortelanos, que le construían un parterre á la inglesa, y sólo conservo el recuerdo de un viejecillo ágil y enjuto, sin que me impresionase su poder, que pesa sobre muchos millones de conciencias, y la consideración de que es el verdadero señor de nuestro país, pudiendo disponer á su antojo de la suerte de España. Y sin embargo, la adoración idolátrica, el anonadamiento admirativo surgió en mí, en presencia de un escritor que llena con su nombre el mundo, pero vive aislado en pleno París como un leproso y es para la mayoría de los franceses el *sans patrie*, indigno de que se reconozca su talento: el «cerdo triste».

Había oído hablar de un Zola poco comunicativo, encastillado en su frialdad altanera, contemplando el mundo desde lo alto de su torre de marfil, y veía junto á mí un señor casi joven y fuerte, á pesar de sus sesenta y dos años, con la mirada alegre, hablando con una vivacidad que muchas veces da á su voz una agudeza de chillido, haciendo rodar maquinalmente las gruesas sortijas de su meñique, y acariciándose la melena gris, fuerte y puntiaguda en torno de la frente, enorme, descomunal, sobrehumana, que parece abrumar

con su peso las facciones, dándolas un lejano perfil de caricatura.

Los grandes hombres se humanizan descendiendo á la calle para tomar parte en las luchas del momento. El Víctor Hugo anterior á 1848, salemne como un oráculo, majestuoso como un semidiós, rodeado de una pequeña iglesia de elegidos, en nada se parece al viejo republicano de blanca barba que, después de pasar por las barricadas del 2 de Diciembre y las amarguras del destierro, fué el abuelo bondadoso de los niños y los pobres de París. El Zola enfurruñado y cerdoso de otros tiempos, no existe; y tras las ruidosas sesiones de su proceso, la agresión del camino de Versalles y las rudas batallas para poner «la verdad en marcha» queda un hombre triste ante la humana estupidez, que recibe con sonrisa bondadosa á los que llegan hasta él rompiendo el cerco del *chauvinismo* irritado.

Nos hablaba de su famosa casa de Medan, diciendo que había preferido venir á París para recibir nuestra visita.

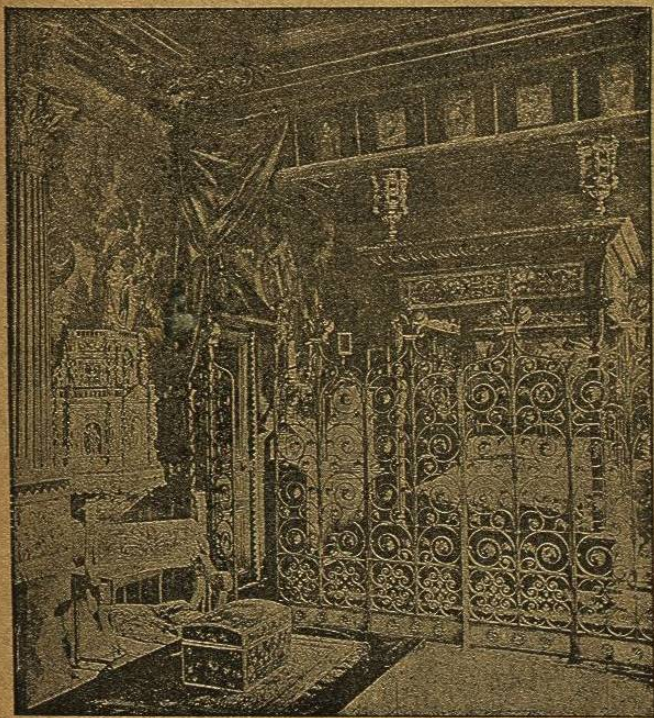
—El ferrocarril pasa lejos del pueblo: hay que seguir un camino vecinal muy malo... y con estas lluvias...

Yo oía su voz como al través de una nube. El estudio se poblaba rápidamente de seres: todo un pueblo, todo un mundo animado por fantástica vida, penetraba por las góticas vidrieras, se filtraba por los tapices, pasaba por entre los cortinajes sin moverlos: ante mis ojos desfilaban el ministro Rougon, con su dorada casaca; Sacard el intrigante, con su sonrisa de explotador sin en-

trañas; el atormentado pintor de *L'Oeuvre* y la lavandera de *L'Assommoir*; la irritada muchedumbre de *Germinal* y el resignado rebaño rojo y azul de *La Débâcle*; todos los innumerables personajes de la epopeya zolesca; y yo contemplaba con religiosa admiración la mano cuadrada, de floja piel, que había sacado de la nada tantos seres; mano omnipotente, que en aquel momento, con la nerviosidad de la inacción, afirmaba los lentes sobre la gruesa nariz ó se perdía entre los mechones de la cabellera entrecana.

—Amo al pueblo español como á todos los países latinos, y me interesa mucho su suerte. ¡Lástima que por desconocer el idioma no pueda seguir más de cerca sus progresos! Sé bien que hay una España moderna que trabaja y estudia y sigue el movimiento europeo. El día que abandone las letras para descansar, como los tenderos que se retiran de su establecimiento, iré á España. Yo viajo poco: el hábito del trabajo regular y continuo, me hace sentir miedo á los viajes. Mi mujer va á Italia todos los años: yo sólo he estado allá una vez para documentarme cuando escribí *Roma*, y otra vez en Inglaterra, huyendo de la agitación nacionalista. No me atrae la España pintoresca y monumental: después de lo que escribieron Mérimée, Dumas y Gautier, poco queda que decir; pero deseo ver Barcelona, Valéncia, Bilbao, la España revolucionaria y moderna, que tan cariñosamente me animó durante mi lucha por la Justicia... Vuestro país tiene un hermoso porvenir. Libre de guerras por la pérdida de las colonias, puede dedicarse tranquilamente á su educación. Sufre como Fran-

cia y todos los países latinos, dos males históricos: el clericalismo y el militarismo; pero esto se cura con el tiempo y la instrucción.



EL DORMITORIO DE ZOLA EN MEDAN

Reconcentró su pensamiento un instante y añadió con viveza:

—Los pueblos latinos aún pueden ser como en

otros tiempos los directores de la humanidad. Se han apartado de su camino, y de ahí la decadencia. El Norte impera por la fuerza. Queremos imi-



ZOLA CONFUNDIDO ENTRE LOS PENITENTES DE LOURDES
TOMANDO NOTAS PARA SU NOVELA

(Dibujo de Steinleu en el *Gil Blas Illustrée*.)

tarle esforzándonos por conseguir su importancia militar y nos sacrificamos inútilmente, sin otra esperanza que la de ser vencidos. No, los meridionales debemos ser grandes por el pensamiento.

¿Ellos tienen la fuerza? Pues nosotros la idea: oponiendo la escuela para todos al cuartel para todos, veríamos quién vencía... No soy contrario á la existencia del ejército como han supuesto mis enemigos. Para que Francia cumpla su misión de guiar á la humanidad con el pensamiento, precisa ante todo que exista, que tenga un ejército que la guarde; pero de esto al militarismo imperante, á soñar en conquistas, va mucho. Yo quiero un ejército para la conservación del país, no para la acción exterior. Gastamos la mayor parte de nuestra fortuna en preparativos de guerra, y la nación decae y se interrumpe la serie de pensadores que hizo universal la gloria de Francia. Si fuésemos grandes por el pensamiento, nuestra propaganda penetraría en el Norte, desmenuzando las bases de esas monarquías enormes, de esos imperios góticos, eterna amenaza de la libertad humana, y el triunfo sería nuestro al derribarlas sin que ellas se diesen cuenta.

Habló de su ensueño, de una confederación de los pueblos latinos, constituidos en repúblicas y libres para siempre de las cadenas históricas, é insensiblemente fué cayendo en el recuerdo de la cuestión Dreyfus. Aquí la voz perdió su agudo tono de clarín, sus ojos se tornaron opacos y se contrajeron los surcos de su frente.

—Nos engañamos—dijo con tristeza.—Creímos que el pueblo era más ilustrado é independiente. Al ver el país lanzado en la injusticia por los reaccionarios, nos decíamos con ciego optimismo: «El pobre pueblo no conoce la Verdad: el día que se la mostremos vendrá á ella...» Y al en-

señarle la Verdad ya saben ustedes lo que hizo.

Hablaba con un tono dulce y resignado que hacía más imponente su tristeza, y al evocar el recuerdo de aquella lucha sin entrañas, creía yo que iba á estallar de nuevo en la vecina calle el vocerío del populacho, pidiendo la muerte del más



RETRATO DE ZOLA AL COMENZAR
LA CUESTIÓN DREYFUS

grande de los franceses y que entre el rodar de los carruajes sonaba otra vez el grito de los vendedores callejeros pregonando papeles con toda clase de infamias contra Zola y su familia.

Para alejar tristes recuerdos hablamos de sus futuras obras. |

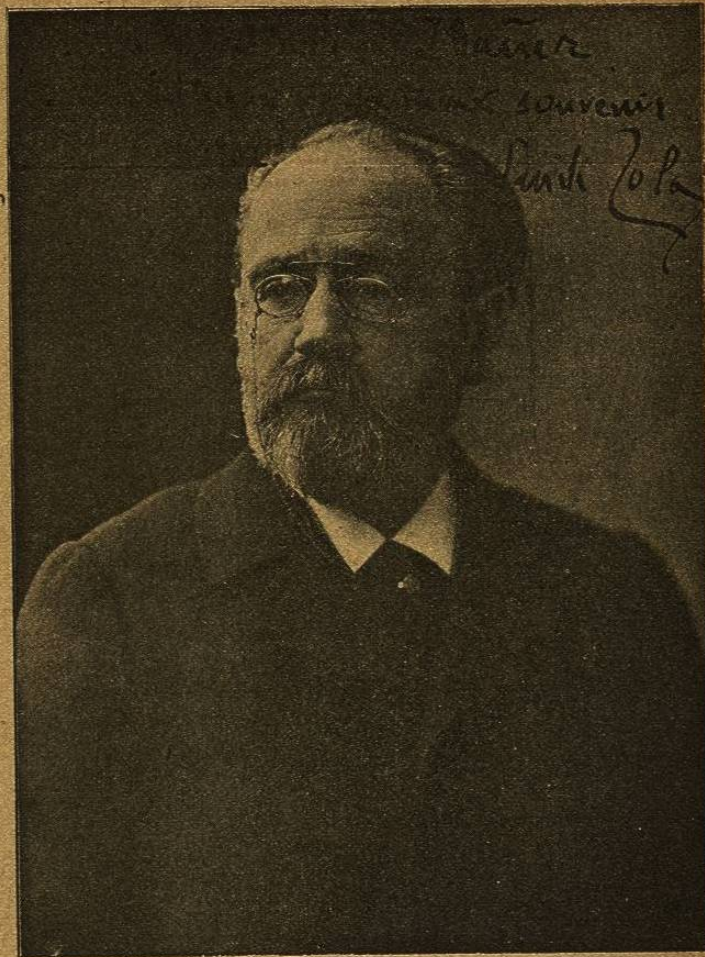
—Después de *Fecundidad* y *Trabajo* había comenzado *Justicia* y llevaba escrita una tercera

parte. Pero el andamiaje de *Justicia* es el proceso Dreyfus, y este asunto se halla muy caliente en el recuerdo de todos para que no suscite de nuevo la cuestión del militarismo, creando un ambiente de pasión en torno de la novela. He preferido dejar *Justicia* para el final de la serie, y ahora escribo *Verdad*, una novela sobre la enseñanza, atacando la intrusión de los religiosos en las escuelas. El proceso del hermano Flaminio sirve de fondo á la obra, y en ella pretendo demostrar lo absurdo que es someter la enseñanza á hombres perturbados por una castidad forzada. ¡La instrucción! ¡El único recurso de la humanidad para salvarse de los conflictos que hoy la agobian!...

Hablamos después de los novelistas extranjeros; hizo grandes elogios del traductor Herelle, por haber dado á conocer en Francia, primero á los autores italianos y ahora á los españoles; recordó con entusiasmo su corto viaje á San Sebastián, hace algunos años, cuando le sirvió de acompañante y guía Rodrigo Soriano, y al despedirnos, después de recibir de sus manos un retrato con cariñosa dedicatoria, nos acompañó hasta la puerta de la calle.

—Digan ustedes á todos los que en España trabajan revolucionariamente, tanto de pensamiento como de acción, que estoy con ellos. Soy viejo, mi obra va á terminar; pero mi pluma y mi esfuerzo están al servicio de mis hermanos de raza.

En la escalera nos detuvimos ante un relieve enorme de madera pintada: un pedazo de altar con un obispo á caballo, espada en mano, atacando á la morisma.



ÚLTIMO RETRATO DE ZOLA

—Es de origen español—dijo el novelista sonriendo.—España no ha cambiado mucho. Los obispos aún esgrimen la espada y ustedes ocupan ahora el puesto de los moros.

Al despedirnos en el portal, su voz tomó una entonación enérgica.

—Valor y constancia para la lucha. «La Verdad está en marcha y nadie la detendrá.» Ustedes, que son jóvenes, verán realizarse muchos ensueños.

Al sentir su mano entre las mías, experimenté el irresistible impulso de la adoración, y trémulo, sin saber lo que hacía, me incliné, besándola rápidamente. Su delicadeza le hizo permanecer impasible para no aumentar mi turbación; pero al levantar la vista encontré su mirada, una mirada que aun la veo, que la veré siempre.

Sali á la calle con paso inseguro, zumbándome los oídos, atolondrado por la emoción, y por última vez miramos el cerrado hotel, ante cuyas ventanas lanzaban hace dos años sus rugidos de muerte los grupos inconscientes azuzados por ciertos escritores, que encuentran en la invención del nacionalismo una fama que les negaron las letras.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

27 Abril 1902.

INDICE

EMILIO ZOLA

	Págs.
I.—Los orígenes.	5
II.—Infancia en Aix.	18
III.—Fin de los estudios en París	35
IV.—Los primeros pasos en la vida.	44
V.—La lucha literaria.	62
VI.—Los Rougon-Macquart.	77
VII.—El autor dramático.	86
VIII.—El crítico.	99
IX.—Método de trabajo.	106
X.—El éxito.	115
XI.—El hombre.	138
XII.—La crítica y el público	147
EL CALVARIO DE ZOLA.	153
UNA VISITA Á ZOLA.	187

PC
A4
19